

CORRESPONDENCIA: TORRES CABRERA, 2-D. TELÉFONO 1369

CRONIQUELLAS
INGENUAS

ENTRADA DE AÑO

La película del Tiempo pasando, pasando sobre la pantalla de nuestra existencia, nos trae un nuevo año: 1936.

Tras de engullir aceleradamente las doce clásicas uvas de la buena suerte, comencemos la nueva tarea, en pós del guión que, imperiosamente, nos marca la vida. Pero antes de ello dediquemos unos breves instantes a la meditación. Y esperemos después los acontecimientos que, en el orden taurino, nos tenga reservados el año que acabamos de bautizar.

Los «taurinos» son muy supersticiosos. Todos, en absoluto, han practicado el mito de las doce uvas. Que los doce meses de éste año de gracia de 1936 sean de halagüena prosperidad para todos. Este es nuestro deseo. Si así no sucede, es que las doce uvas nos han jugado una mala partida. Palabra.

◆◆◆◆◆

Me gustaría escribir en éstos críticos momentos «El Zaragozano de la Tauromaquia». Pero es muy posible que muchos señores agradezcan que éstos deseos míos no puedan convertirse en realidad. Más sigamos el hilo de nuestro peregrino comentario.

Supongamos que un nuevo don Antonio del Castillo — un castizo don Antonio — se dispusiera a predecir las alteraciones y fenómenos próximos a producirse en el firmamento de la fiesta de toros. Sería cosa curiosa. Y dura de veras. ¡Cuántas verdades habrían de saberse por anticipado! La publicación de la tal obrita daría lugar al desprestigio de muchos «honrados taurinos». Y a la ruina de casi todos ellos. Pero saldría, en cambio gananciosa la afición sana. Y los toreros. Y la fiesta.

◆◆◆◆◆

Tranquilícense todos. Apacigüen sus crispados nervios. Lo del «Zaragozano» ha sido una broma. Una broma de buen gusto. La enrarecida atmósfera del espectáculo es mucho más difícil de explorar que las celestes regiones. Por tanto, todo lo que hemos escrito queda reducido a una inocente broma. Para pasar el rato sin hacer daño a nadie. Y para llenar de prosa suelta este espacio del periódico sin esforzarnos gran cosa en buscar un tema.

Feliz año, lector.

«DON P. P.»

La Redacción de "TOROS" desea a sus lectores y favorecedores un próspero y feliz año 1936.

SORTEOS... DE TOREROS

Por RELANCE

Hace dos siglos había picadores, chulos (capeadores), rehileteros y cacheteros (puntilleros). Y matadores. Estos se dividían en primeras espadas, segundas, medias, sobresalientes y novilleros. Cada una de estas clases no guardaban, entre sí, orden para matar.

Ya desde 1770 empezó a considerarse, a veces, algo, la antigüedad.

Esta les correspondía, así: a Pedro Joaquín Rodríguez (Costillares), de Sevilla; Pedro Romero, de Ronda, y José Delgado (Illo), de Sevilla; tres lumbreras.

Pedro Joaquín Rodríguez (Costillares) sacó de pila, en la iglesia parroquial madrileña de San Ginés, el 28 de Octubre de 1802, a doña Petra (que así la bautizaron por ser el nombre de su padrino) Barbieri y Luengo, madre, nada menos, de don Francisco Asenjo y Barbieri, nacido y muerto, en Madrid, respectivamente, el 3 de Agosto de 1823 y el 19 de Febrero de 1894.

Fué el amo entre los compositores españoles, pues dió al teatro ochenta obras y de mérito extraordinario: «Jugar con fuego», «Los diamantes de la corona», «El diablo en el poder», «Pan y toros», «Los comediantes de antaño», «El barberillo de Lavapiés», «De Getafe al paraíso», «Novillos en Polvoranca»...

En «Pan y toros» aparecen «Costillares», Romero e «Illo». y dirigiéndose a ellos el Corregidor, hace decir, a este, el autor de la letra, don José Picón:

«Como ustedes tres se encuentran en categoría igual, hablen ustedes, señores, por orden de antigüedad».

A fines de Septiembre de 1789 hubo, en la Plaza Mayor de Madrid para solemnizar la Coronación del Rey Carlos IV y la Jura de su primogénito como Príncipe de Asturias (después Rey Fernando VII), cuatro corridas Reales, mañana y tarde, y fueron lidiados cien toros, de Castilla, Extremadura, Rioja, Aragón, Navarra, La Mancha, Colmenar Viejo y Madrid, por caballeros rejoneadores, picadores de tanda y de reserva, banderilleros, espadas y cacheteros.

Dirigió el decorado de la Plaza «Don Francisco el de los toros», el gran batu-

rro de Fuendetodos, el sordo inmortal, don Francisco de Goya y Lucientes.

Surgió, a priori, un incidente, acerca del cual hay dos versiones: una que «Costillares» e «Illo» se negaron a lidiar toros castellanos, y Romero no; y otra, que «Costillares», como más antiguo y creyéndose mejor, quería ser el primer espada, lugar que exigía Romero, diciendo tener mayor categoría.

Y aquí nacen otras dos versiones: que por la valentía de Romero al no importarle lidiar toros castellanos o de cualquiera región, aconsejaron las Autoridades a Carlos IV, que le nombrase primer espada, como lo hizo, «de Orden de Su Magestad», o que, para evitar disgustos y discusiones, fueron sorteados «Costillares» y Romero, y que favoreció a éste la suerte.

Lo cierto es que estoquearon por el orden siguiente: Romero, «Costillares», «Illo» y Juan Conde, este natural de Veger de la Frontera.

Ya el año 1800 empezaron las alternativas.

Al sorteo que se supone hubo en 1789, siguió otro, 44 años después, en 1833, para las Corridas Reales, celebradas en la misma Plaza, los días 22, 23 y 25 de Junio, por la Jura de la Princesa de Asturias (luego Reina Isabel II).

Torearon 12 espadas, y de estos fueron sorteados Manuel Lucas, Luis Ruiz, Manuel Romero y Roque Miranda, según «Lista aprobada por Su Magestad, de los caballeros rejoneadores, picadores de vara de detener, toreros de a pié...»

El pobre Manuel Lucas Blanco, sevillano, fué agarrotado, en Madrid el 9 de Noviembre de 1837, por haber matado, en riña, a un miliciano nacional.

Luis Ruiz, también de Sevilla, era hermano menor de Antonio (el Sombrerero).

Su paisano Manuel Romero tenía de alias «Carreto».

Y Roque Miranda Conde (Rigores), nació en Madrid, el 16 de Agosto de 1799.

Barcelona, Diciembre 35.

CHATIN.—La taberna de los toreros.
—Calle Morería. Córdoba.

Contra el peligro de la desaparición de la suerte de vara

Por **DON QUIJOTE**

Ví bastantes veces, en mis primeras temporadas de aficionado, al ya entonces viejo, pero estupendo siempre, Agujetas; el mejor picador, el más artista de cuantos he conocido.

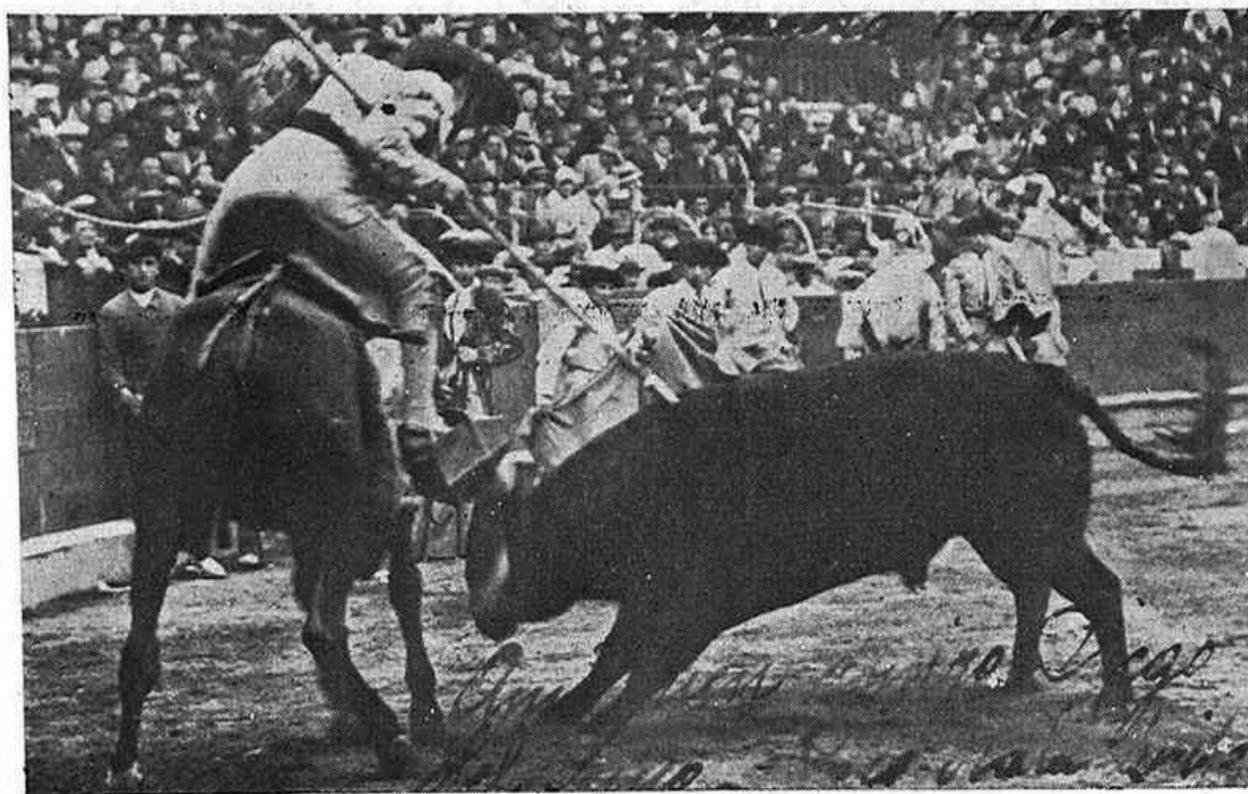
Jamás lo ví acabar una corrida sin haber sido ovacionado varias veces; generalmente, tantas cuantas picaba.

La última corrida que toreó tuve la suerte de presenciarla. Fué una despedida emocionante y triunfal, que detalló en «Cinco lustros de toreo» (Páginas 81 y siguientes).

Porque en la primera vara que le puso al primer toro (lo picó él solo, salvo el primer picotazo del reserva) «aguantó—digo en «Cinco lustros»—, detuvo la poderosa arrancada del bruto, que recargaba enormemente, hasta que lo derribó con peligro».

¿Y qué es lo que sucede ahora cuando un toro *recarga enormemente* y el picador *lo aguanta y detiene* su ímpetu?

Que la gente se encrespa y se pone en pié, no para ovacionar al artista a caballo, sino para denostarlo, insultarlo y pedir



«¿Y qué es lo que sucede ahora cuando un toro *recarga enormemente* y el picador *lo aguanta y detiene* su ímpetu?»

(El piquero cordobés Paco «Zurito» en un buen puyazo.)

Puso ocho varas y escuchó innúmeras ovaciones.

Pues bien; si fuera posible que milagrosamente se repitiese con toda exactitud su actuación de aquella tarde en una corrida de hoy, sin que el público supiese nada ni de la historia ni de la personalidad excepcional del piquero, es más que probable que en vez de ovaciones oyera ocho broncas.

al Presidente poco menos que su cabeza (la del picador).

Al segundo toro lo picó dos veces, aquella tarde inolvidable, Agujetas. Y al tercero le puso otras dos varas. «La primera, magnífica de ejecución, aunque caída y trasera».

Aquí ya no es posible imaginar el premio que un público cualquiera de los de hogaño hubiera dado a esa penúltima

vara del admirable artista. ¡Bastante se le hubiera dado a nuestro publiquito actual de la «ejecución magnífica» de aquella puya!

¿Una puya «caída y trasera» puede ovacionarse? Si yo digo que sí, de seguro que les sonaría a blasfemia o poco menos a los aficionados del día... No ya «caída y trasera»; en todo lo alto había de haberla puesto el picador, y levantaría general protesta, por el modo de apretar y castigar al toro, sin cejar en el castigo en tanto el bicho recarga y empuja.

Y sin embargo, aquel puyazo se ovacionó. Y muy bien ovacionado. En el puyazo, como en la estocada, más ha de mirarse a la ejecución que al resultado de la suerte, y es aquella la que debe determinar el aplauso o la protesta.

No se me arguya que las picas eran otras. Entonces eran peores. Ya no regían las antiguas, aquellas de limoncillo que explican (basta verlas dibujadas) que los toros tomasen docenas de varas. No. Eran ya parecidas a las actuales y no se había adoptado todavía la arandela, que

aunque origine bastantes marronazos (el marronazo no hay por qué protestarlo tampoco) no cabe duda de que impide casi siempre o por lo menos hace difícil que se cuele el palo en la carne del toro.

Yo me he propuesto, a trueque de ponerme pesado y machacón, hacer una campaña constante en rehabilitación del arte de picar, para procurar contribuir al remedio de uno de los más graves peligros con que está la Fiesta: la desaparición de hecho, de la suerte de vara. Gran bien se haría a la afición y al espectáculo si la plana mayor de la crítica me secundara. Pero de modo persistente y deliberado, haciendo una verdadera campaña en tal sentido. Yo solo poco puedo. Por eso—y mientras esté solo o casi solo y los críticos más leídos sólo rocen el tema de pasada—me propongo insistir, persistir, no cejar, supliendo con la repetición la falta de compañía, compensando con la insistencia mi escasa influencia en la afición.

Madrid, Diciembre de 1935.



NICANOR VILLALTA

La pluma ágil del notable dibujante cordobés don Rafael Díaz Peno, ha sabido trazar ésta magnífica caricatura del diestro de Cretas, cuya retirada se rumorea en los corrillos de aficionados. Verdaderamente un hombre que nunca fué un artista ni un torero notable, sino un hábil matador, debe batirse en retirada, cuando, como en el momento presente, le falten las fuerzas para mantener su prestigio.

TORERO CÓMICO

Por EDUARDO PAGÉS

El toreo cómico es por lo menos tan antiguo como el toreo serio.

Antes de las primitivas fiestas de toros y cañas, ya el regocijo popular había organizado festejos, en los que se echaban dominguillos a los toros y se practicaban otras divertidas mojigangas.

En una antigua correspondencia hemos leído el siguiente párrafo describiendo unas fiestas organizadas en honor de Isabel la Católica:

«Hemos fecho venir dos hombres, valenciano el uno e moro el otro, que en fiesta de toros hicieron mui reidas moxigangas.»

Después, a medida que la fiesta de toros pierde su aspecto caballeresco para convertirse en festejo popular y más tarde en espectáculo público sujeto a la explotación comercial, a la par que las corridas iban desarrollando y ganando adeptos, adquirirían también mayor desarrollo las llamadas mojigangas.

Las mojigangas fueron no solo un grato regocijo popular ansiosamente esperado por los que no podían gastarse el dinero que pedían por ver una *media corrida de toros* (así las llamaban entonces), sino también una sabia escuela de buenos toreros.

Casi todos estos toreros antiguos que la posteridad ha consagrado, empezaron toreando mojigangas, o si ustedes quieren y lo permiten haciendo reír, ya que el hacer reír a la Humanidad parece un delito en estos lamentables días del toreo triste.

Salvador Sánchez «Frascuero» mató su primer toro en Madrid vistiendo de *Sultán* y después de que él y su cuadrilla representaron una pantomima titulada «El Sultán y las Odaliscas».

Las mojigangas de Madrid se celebraban, casi sin interrupción de Octubre a Marzo y fueron famosas.

Jamás el desprendimiento de las empresas llegó a tales excesos. Por dos reales de vellón podían aquellos buenos ciudadanos ver toros, novillos, embolados, pantomimas, fuegos artificiales y cantar el Himno de Riego a la salida.

Festejos de esta clase se organizaban también frecuentemente en Barcelona,

Valencia y Zaragoza, donde, por cierto, Nicanor Villa «Villita», el que luego fué valeroso matador de toros, obtuvo grandes éxitos picando en caballitos de mimbre en competencia con «La Fragosa».

Pero no pretendemos hacer la historia del toreo cómico, porque para ello nos falta erudición, y si hemos citado con alguna extensión la plaza de Toros de Madrid, ha sido por la importancia de su público, que en todo tiempo ha sido en el toreo el que ha consagrado a los artistas y ha indicado las orientaciones y derroteros que debía seguir la fiesta nacional.

Así pues, en los más gloriosos días de la tauromaquia, en los momentos más entusiastas de las competencias de «Gordito» y el «Tato», «Lagartijo» y «Frascuero», «Guerrita» y Mazzantini, cuando estos artistas perfeccionaban de día en día su arte, y el toreo pasaba por sus horas de mayor esplendor, había también toreo cómico, que, entusiasmando y regocijando al público de la época, no preocupaba para nada a aquellos bravos diestros, cuyo único ideal era el de mantener vivo el sagrado interés de la fiesta, poniendo para ello a prueba una y otra tarde su valentía, su voluntad y su indiscutible amor al público, que por serlo, y por ser amo y señor de todos los artistas profesionales, que al cabo solo de la generosidad del público viven, tiene derecho a que nadie intente privarlos de los espectáculos de su gusto.

En el calor de las discusiones y polémicas a que el *Charlotismo* ha dado lugar en toda época, no han faltado señores artistas que han querido otorgarse la paternidad del toreo cómico.

Pero el toreo cómico, que es antiquísimo y durará tanto como el toreo serio, experimentó una perfección hace años y esa perfección ha sido la que ya universalmente se conoce con el nombre de *Charlotismo*, y de la cual vamos a ocuparnos enseguida.

En nuestro próximo número:

BANDERILLEROS Y MATADORES BANDERILLEROS
Por JOSÉ LUIS DE CÓRDOBA

RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO

De cómo Roque Mirande (Rigores) picó, banderilleó y dió muerte a un toro, en Madrid, el año de gracia de 1817.

El joven banderillero de Jerónimo José Cándido no había aún toreado en la Plaza de Madrid, se limitaba a actuar en las corridas de provincias, y esperaba su maestro una ocasión para darle a conocer a sus paisanos. Esta se presentó con motivo de haber enviado a la corte el ganadero navarro D. Francisco Xavier Guendulain un *toro enano* que adquirió en Extremadura y que era el terror en la vacada. Lejos de poner Roque Miranda reparo alguno, se comprometió, no solo a matar el toro, sino a picar y banderillar. Obtenido el permiso del Corregidor de Madrid D. José Manuel de Arjona, se puso una nota en el cartel de la 14 corrida (30 de Septiembre), que decía así: «Muerto el 4.º toro de la tarde saldrá el esforzado Roque Miranda (*Rigores*) a picar, banderillar y matar un toro enano.» Se dió la corrida y, una vez que salió la res en cuestión, apareció Miranda a caballo vestido de picador y con un desembarazo más propio de acreditado caballista que de lidiador de a pie, ejecutó la suerte de varas. Se despojó después del pesado traje de picador que cubría al de banderillero, y practicó las suertes del segundo tercio, pasando últimamente a estoquear, lo que practicó con gran fortuna, siendo aplaudido sin cesar y colmado de vítores

y aplausos. El toro llamó la atención por su mucha fiereza

De cómo un matador expone su vida por salvar a sus picadores

El picador sevillano Manuel Parra profesaba gran cariño al anciano picador de toros Cristóbal Ortiz (que a pesar de sus *setenta y ocho años* practicaba el oficio). En la corrida de Madrid del 14 de Julio de 1828 el 4.º toro (*Capitán*, negro, de Gáviria) había tomado trece puyazos de Juan Marchena (*Clavellino*) y Cristóbal Ortiz, dando a éste una gran caída. Arremetió el toro con gran codicia a caballo y picador, acudiendo enseguida Manuel Parra al quite; pero al ver que el animal no hacía caso del capote, y el inminente peligro en que se hallaba el jinete, tiró la capa y, cogiendo la garrocha, comenzó a pinchar al toro en los costillares; soltó el animal

su presa y se volvió rápidamente al matador que, seguramente, hubiera sufrido una cornada al no acudir con rapidez en su auxilio Francisco González (*Panchón*).



A LA TIENTA

*Saca la jaca, Vicenta;
traete la manta, chiquilla,
que voy a la Barranquilla
a presenciar una tienta.*

*Cuando pase por la venta,
le diré a la gitanilla
que en vez de echar manzanilla
ponga aguardiente, que sienta
mejor. Y allá va el gitano
lidiador; la brida en mano
y el empaque, triunfador
y al llegar a la dehesa,
en su capote, va presa
la red mas brava y mejor.*

Enrique Piédrola

Constructor de Banderillas

Representante de la Sociedad de Matadores. Representaciones taurinas en general.

SAN BASILIO, 42.—CÓRDOBA.

INSTANTÁNEA

EL TRAJE DEL TORERO

Por **DON ISTA**

Una tarde alegre, luminosa, simpática; típicamente primaveral.

Tarde de mayo.

Día de toros.

Corrida de solemnidad. El graderío todo de la gran plaza—monumental por su apariencia magnífica y por lo soberano de su aspecto—bulle en expectante inquietud ante el espectáculo que ha de

arrogancia relativa—cual la de sus jinetes—los alguacilillos, que han de hacer el despeje de cuadrillas.

Después, retumba jacarandoso, simpático, inconfundible, típico el son del pasodoble castizo, tan netamente español, a cuyo son van acompasando sus pasos—e incluso ademanes, de modo discreto—los toreros, quienes hacen el desfile



«... los toreros, quienes hacen el desfile vistoso y garboso de las cuadrillas.»
(Plaza Vieja de Madrid. Rafael «El Gallo», «Bombita», «Machaquito» y «Joselito» hacen el paseo.)

darse, para el que se seleccionó lo mejor de lo mejor, en toros y toreros...

Gentío inmenso. Aspecto imponente.

Las manillas del reloj, que en lugar más visible de la plaza se situara, señala ya la hora en punto en que ha de darse comienzo al espectáculo...

Resuenan en el espacio, vibrantes y alegres, las notas de los timbales que indican puede principiarse la fiesta. A poco, cruzan el ruedo del tauródromo amplio, montados en sendos caballos de

vistoso y garboso de cuadrillas.

Los rayos solares, con sus ardorosas caricias, se posan en los trajes de los toreros los cuales, preferentemente los de dorada y limpia lentejuela, lucen chisporreantes...

«Mira como luce, reluce el traje del torero; torero valiente y pinturero como luce, reluce. el traje del torero...»

Despejadas las cuadrillas, salta a la arena el primer toro.

Transcurrir de lidia, con alicientes suficientes como para que el público se sienta distraído con la actuación de los toreros, que saben aprovechar las excelencias de unas reses bravas y nobles.

El toro bravo... El torero valiente... Luce así la fiesta espléndidamente.

Culmina en instantes de emoción suprema, cuando en una de esas faenas lucidas, uno de los maestros espadas su éxito llega a revestir caracteres de apoteosis.

Cuadro de maravilla, sublime de colorido y estridencia: el público enardece en loco clamor de entusiasmo: El toro, dominado, jadeante, observa con estúpida mi-

rada a aquél quien junto, tan cerca de él supo burlar sus codiciosas embestidas... El torero, arrogante, yérguese, y dejando ahora inmóviles sus brazos, ofrece en alarde de absoluta seguridad,—que es confianza, superioridad—, su cuerpo a la res en un desplante oportuno, que evidencia la eficacia de su faena...

Los postreros rayos solares de la tarde que comienza a declinar, pósanse en los alamares del traje del torero... tan «torero»...:

«Mira como luce, reluce
el traje del torero;
torero valiente y pinturero
como luce, reluce
el traje del torero...»

Madrid, Diciembre 1935.



Pasodoble «Niño del Barrio»

Hemos recibido un ejemplar del pasodoble dedicado al torero de Murcia José Vera «Niño del Barrio», del que es autor el joven artista cordobés Rafaelito Sánchez.

Agradecemos la atención así como la dedicatoria y deseamos al señor Sánchez muchos triunfos en su carrera.

Si es Vd. aficionado a la fiesta de toros, visite el popular y acreditado Bar

Peña Taurina y Deportiva

Avenida de Canalejas (Frente a la Plaza de Toros)

Don Antonio Cañero

Nuestro paisano, el gran rejoneador don Antonio Cañero, ha sido operado en el Sanatorio de Sta. Alicia, de Madrid, por el Dr. Bastos, quién le hizo con feliz resultado la extirpación de la cabeza de un metatarsiano del pie izquierdo.

Celebraremos de todo corazón que don Antonio se encuentre a estas fechas en estado satisfactorio.

Cervecería - Restaurant

La mejor Cerveza

Las mejores tapas

El mejor vino



Munich

Victoriano Rivera. núm. 4
(antes Plata) Teléf. 1377

CÓRDOBA

Café Exprés EL BRASIL
a 30 céntimos taza.
Cubiertos desde 3 ptas.